

El sentido de la existencia

Miguel Jarquín

Psicólogo. México.

Amar a un ser
es decirle:
tú no morirás.
Gabriel Marcel

¿Qué valor tiene hablar del *Sentido de la existencia* en donde muchas personas corren aceleradas tras sus metas y propósitos? En esta sociedad se propicia vorazmente tener logros, conseguir medallas y obtener méritos. Si esta sociedad cubre tantas tareas, ¿cómo es que sus miembros está tan a disgusto y con tanto resentimiento?

Es necesario lanzar el primer disparo: metas y propósitos no aportan ningún *sentido*. El sentido es una luz que orienta en el camino. El sentido alimenta la buena voluntad en la vida. El sentido le descubre al hombre un más allá de sí mismo, noble y digno que vale la pena de vivirse por él.

Al llegar aquí se abre un abismo entre las metas y el sentido. Esta resquebrajadura parte al hombre en dos. Una expresión de esta fractura se manifiesta por la *depresión* que hoy está de moda. A las personas les llega la *depre*. Hasta hay un día para la *depre*.

La depresión es la *tristeza podrida*. Para acercarme a esta afirmación, usaré una metáfora: el agua. Cuando el hombre se coloca frente al mar, surge una imagen de fascinación. La mirada vuela por la magia que roza la cresta de las olas hasta flechar el horizonte. Mientras que cuando el agua rompe sus límites y el ímpetu de su fuerza se desborda aterra al hombre. La fascinación y el terror anudan al hombre con el agua. Hay otra manera de estar del agua, que con frecuencia se olvida: el agua estancada. Cuando el agua se detiene, se pudre y apesta. Esto es la depresión: la podredumbre de la exis-

tencia y la vida apestada. La hediondez anuncia el poder de infectar la vida. Este hedor envuelve la vida en una atmósfera irrespirable.

El hombre deprimido huye, corre y cree que vuela en las alas de la aventura cuando en realidad se arrastra por el torbellino de la impaciencia y la desesperanza. El sueño se vuelve pesadilla y la vida una carga insoportable. La celeridad le ofrece una mentira: le hace pensar que al correr tan rápido, puede huir de sí mismo y no sabe que mientras más huye, más se enclava en su propia cárcel.

Metas y propósitos no aportan ningún sentido.

El sentido es una luz que orienta en el camino.

El sentido alimenta la buena voluntad en la vida.

El sentido le descubre al hombre un más allá de sí mismo, noble y digno que vale la pena de vivirse por él.

Su carrera desafortunada no le garantiza nada. En realidad su propuesta es falsa, ya que sólo puede viajar y aventurarse quien tiene un centro y este centro de iluminación es la *presencia del ser amado*. El hombre de hoy se deprime porque no sabe fracasar, y sobre todo fracasar en la vida del amor. No hay vida en el amor que no cargue sus propias decepciones, sus propias traiciones. El hombre de hoy pasa por alto esta realidad, pues se considera infalible. Tanto tiempo de vivir a la luz del *humanismo centrado en el yo* que el hombre se convirtió en un sapo inflado por su propio egoísmo.

¿Todos los hombres vivirán así? Afortunadamente no. Voy a plantar algunas señales que anuncian las huellas de Gabriel Marcel como un testimonio del hombre que sabe caminar sin perderse. Constaté con su vida que la esperanza apareció como un relámpago en medio de la tormenta del sin sentido.

Un *evento* abonó la tierra: la muerte de su madre Laura cuando él contaba con cuatro años de edad. Con este suceso construyó dos pasamanos por los que se sostuvo su vida de niño: 1) la ausencia de su madre que la sintió como una presencia, podría añadirse: bajo la ausencia, y 2) el clima sobre protector que creó su tía Marguerite. Resalta aquí la primera enseñanza del hombre que tiene un *sentido en su existencia*: convertir el evento, *lo que pasa*, en un acontecimiento, *hacer que algo pase*; transformar *meras circunstancias en favorables a nuestro destino*. Es pasar de ser pasivo o víctima a ser responsable.

La *pregunta clave* que plantea el autor es: ...¿podemos saber qué va a ser de aquellos que hemos perdido? La segunda lección: sólo quien sabe preguntar puede aprender. La duda instala al hombre en el camino de la personalización. La duda coloca al hombre de rodillas con los brazos extendidos y las palmas hacia arriba para recibir con sencillez lo que la vida le regala. La duda pone al hombre en el puerto y le hace saber que no es la parada final, es sólo un indicador.

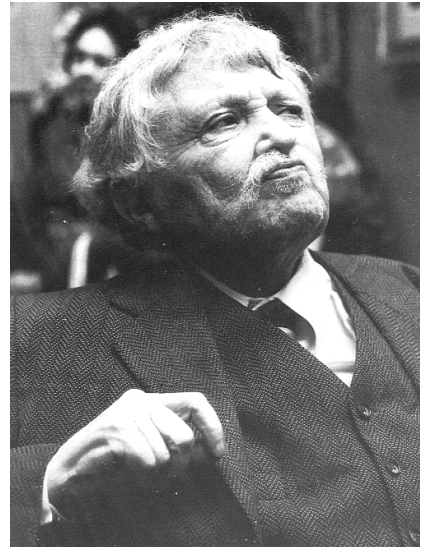
La *respuesta fundamental* que recibe de su tía es: ...no puedo responder, no lo sabemos, estamos en una *completa ignorancia*. Tercera lección: a veces, lo importante de una respuesta no es el contenido de la misma, sino la actitud con que ésta se enuncia. La tía Marguerite se ofrece humilde. Su sabiduría es mostrar que para las preguntas existenciales cada quien ha de buscar su propia respuesta, ya que la vida llama a cada hombre con una voz única y singular.

Surge el desafío (actual) existencial: ...pues bien, yo más adelante, intentaré saberlo. De esta manera su vida será una búsqueda incansable. Se volvió un explorador, un peregrino, el *homo viator* que lo mismo asciende la cordillera y saborea las delicias de lo alto, que desciende y cata las profundidades del ser, sin olvidar que en ocasiones cabalga por las llanuras y entonces es acrisolado por el *tedium vitae*.

Aparece incandescente la pregunta: ¿cómo inició su camino? La respuesta no se hace esperar: al percibir la experiencia de un *tú* que le abre a una dimensión insospechada. Asoma la lección por excelencia: sólo el *tú* en su condición de *otro*, es decir desde su pobreza y precariedad puede *con-vocar* al yo a alistarse a su servicio. Si es verdad que *el yo es un regalo de los demás*, seguramente también el yo únicamente tiene sentido como responsable de los demás.

Si es verdad que el yo es un regalo de los demás, seguramente también el yo únicamente tiene sentido como responsable de los demás.

Llamada y respuesta se encuentran en el cruce de los caminos: decir yo solamente es posible *desde* la invocación del otro y *desde* el servicio al otro. El *sentido de la existencia* despierta cuando el otro ilumina el horizonte. Todo sentido implica gratuidad y toda gratuidad reclama merecimiento. Por eso la esperanza es iniciativa; es el sol que fecunda la vida. En este *sentido*, desde la esperanza se puede decir al que se ama: *tú no morirás*. Así es como *la presencia del ser amado* alumbra el *sentido de la existencia*.



Gabriel Marcel